

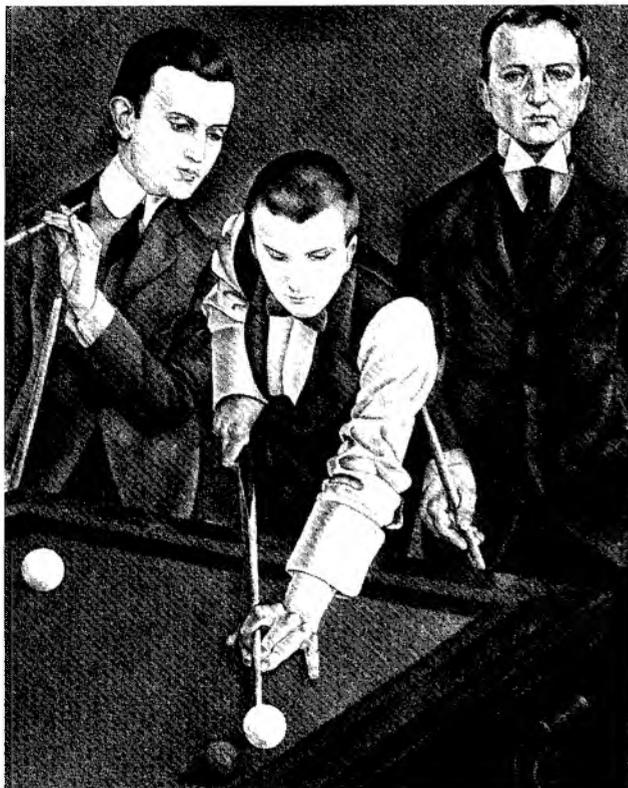
# Creso y los dioses

L. SILLENS

Si algo no se le puede reprochar a Heródoto es la falta de amenidad. Aquel al que Cicerón llamó "padre de la historia", más que un gran historiador es un gran narrador. Alguien que sabe contar historias. Uno tras otro, correspondientes a noticias fidedignas, acontecimientos históricos, imaginativas leyendas, creencias supersticiosas, o bien a tradiciones en las que se mezcla un poco de cada cosa, encadena relatos dignos de ser escuchados. Uno de ellos es el que nos presenta a Creso, el más rico y poderoso de los reyes lidios, en su memorable encuentro con Solón, uno de los sabios de Grecia, el cual había emprendido un largo periplo de diez años con el fin de conocer mundo y extraer valiosas enseñanzas de orden práctico. Cuando se entrevistó con él, Creso le preguntó si en sus viajes había llegado a conocer al hombre más feliz de la tierra. Creso estaba convencido de que Solón le contestaría que sí, en efecto, por fin había encontrado al hombre más feliz de la tierra, puesto que el hombre más feliz de la tierra no podía ser otro sino él, el pro-

pio Creso, poseedor de grandes riquezas y cabeza visible de un Imperio que comprendía, prácticamente todos los pueblos del Asia griega. Sin embargo, se llevó un pequeño chasco cuando Solón le contestó que el hombre más feliz del mundo, que él supiera, era alguien llamado Telo, el cual había muerto heroica y gloriosamente en batalla luchando por su patria, Atenas, lo que sin duda hacía de él el hombre más afortunado de la tierra.

Admitiendo la primacía de Telo en este terreno, Creso le preguntó a Solón quién era, que él supiera, el segundo hombre más feliz de la tierra. Solón respondió que este honor le estaba reservado a dos hermanos, Cléobis y Bitón, famosos por haberse uncido a un carro para transportar a su madre a una celebración religiosa en el santuario de Hera. Orgullosa de sus hijos, la madre le pidió a la diosa que les concediera el don más preciado al que pueda aspirar un mortal, y la divinidad cumplió sus deseos y se lo otorgó. De manera que allí mismo, en el lugar donde estaba el santuario de Hera, Cléobis y Bitón se quedaron plácidamente dormidos y ya no volvieron a despertar.



José de Togores: *Jugadores de billar.*

No podía Creso dejar de admitir lo inmensamente afortunados que habían sido estos dos hermanos, pero ¿y él?, ¿qué lugar en la clasificación de hombres afortunados le estaba reservado? Hay que decir que, de acuerdo con la filosófica visión de la vida y la perspectiva existencial de un sabio como Solón, en realidad ninguno. ¿Por qué? Porque si Creso se hubiese fijado bien, aquellos que Solón le había puesto como ejemplo, Telo, Cléobis y Bitón, ya estaban muertos, mientras que Creso todavía estaba vivo, y ésta era la razón por la que Solón no podía considerar a Creso entre los hombres más felices de la tierra, ya que no existe dicha lo suficientemente grande que pueda compensar una mala forma de morir. Por lo tanto, hasta que no supiera cómo había muerto, Solón no podía juzgar lo afortunado que había sido Creso en esta vida.

Heródoto presenta a Creso marchando confiadamente a la batalla contra los persas. El ansia de poder y la avidez de dominar pueblos y acumular tesoros y territorios lo mueven en ese empeño, en el que también intervienen, representando un papel de considerable importancia, las comunicaciones de los oráculos, sobre todo los del templo de Delfos, que era el que más prestigio tenía. Sin los venturosos pronósticos del oráculo de Delfos, Creso habría sido incapaz de entrar en batalla contra Ciro, el rey de los persas. El lidio se sentía muy optimista, ya que los mensajes que le habían sido

transmitidos desde el templo de Apolo le traían buenos presagios, pero no contaba (suele suceder) con que este optimismo podía basarse en una interpretación errónea de la palabra divina transmitida por su representantes terrenales, que están en directa comunicación con los dioses. Así es, los oráculos solían ser bastante ambiguos y equívocos, ya fuera porque los dioses (suele suceder) eran caprichosos y oscuros, o bien porque las sacerdotisas que transmitían sus mensajes eran ingeniosas y prudentes a la vez, y querían tener bien guardadas las espaldas por si sus predicciones fallaban. En resumidas cuentas, se puede decir que los oráculos parecían estar hechos con el propósito de escalear a los optimistas.

Por otra parte, entre los sentimientos que impulsaban a Creso a enfrentarse a los persas anidaba la sed de venganza. Ciro había derrotado a Astiages, el rey medo, aliado de Creso y que también era su cuñado. Lidios y medos habían mantenido en el pasado más inmediato una dura rivalidad, que quedó interrumpida en el momento en que tanto unos como otros tuvieron ocasión de comprobar, llenos de asombro, cómo en plena batalla el día se convertía en noche, lo que los indujo a sellar la paz inmediatamente. Aquella noche que se producía en pleno día era sin duda una señal de los cielos. Eclipse de sol del 28 de mayo del año 585 antes de la era común. Pronosticado con toda exactitud, no por el

oráculo de Delfos, sino por Tales de Mileto. Pero para los lidios y los medos era una clara señal de los dioses. De manera que los antiguos rivales pasaron a ser aliados, y ahora Creso se disponía a vengar a su cuñado. Sin embargo, los acontecimientos no transcurrieron tal como él había previsto; tal como él, sin duda, había soñado, acariciado dulce y largamente con la imaginación en su palacio de Sardes. No, lo que ocurrió fue que, después de una batalla de incierto resultado, Creso regresó a Sardes con sus tropas. Imprevistamente, Ciro se presentó en la ciudad, la tomó e hizo prisionero a Creso, el cual, cargado de cadenas, fue colocado junto a catorce muchachos lidios en una pira, donde todos ellos iban a ser quemados vivos. Entonces, invocado por Creso, surgió de nuevo el nombre de Solón. Pues el rey lidio había recordado lo que el sabio griego le había dicho, y había comprendido cuánta razón tenía. Y he aquí que el nombre del sabio griego le salvó la vida, pues el rey persa, al oírlo, sintió curiosidad por saber el motivo por el que Creso lo había pronunciado. Éste le contó lo que Solón le había dicho, y entonces Ciro cambió de opinión y ordenó que la hoguera fuese apagada. Sin embargo, ya era tarde. El fuego se había propagado a gran velocidad, haciendo inútiles todos los esfuerzos por sofocarlo, así que Creso, viéndose en las últimas, invocó el nombre de Apolo. Lo invocó a voz en grito, suplicándole que le ayudara y lo liberase del grave peligro en que se encontraba. Y Apolo lo escuchó y tuvo piedad de él. Eso es al menos lo que hace pensar el hecho de que, súbitamente, estando el cielo despejado, unos negros nubarrones se congregaron sobre Sardes y descargarán una copiosa tormenta. Una nueva señal del cielo. Pues el cielo, tanto en aquella época como en cualquier otra, no deja de mandarles señales a los humanos. El agua cayó desde las nubes hasta la tierra y la hoguera se apagó, lo que fue interpretado por Ciro como una prueba de que Creso gozaba de cierto favoritismo por parte de la divinidad, de modo que el rey persa lo tomó bajo su protección, y Creso, aunque no ya el más feliz de la tierra, siguió considerándose un hombre muy afortunado.

VINOS Y VINAGRES

**EMPE**

VINAGRES DE VINO, DE ALCOHOL, DE SIDRA, DE JEREZ  
ESPECIALIDADES ADEREZANTES

C/ Cervera, 16 - 13700 TOMELLOSO  
Tel.: 926 51 13 89 - Tel./Fax: 926 51 05 23  
email: empe@manchanet.es